



Sociológica

ISSN: 0187-0173

revisoci@correo_azc.uam.mx

Universidad Autónoma Metropolitana

México

Zamorano Villarreal, Claudia Carolina
Vivienda y familia en medios urbanos. ¿Un contenedor y su contenido?
Sociológica, vol. 22, núm. 65, septiembre-diciembre, 2007, pp. 159-187
Universidad Autónoma Metropolitana
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=305024744007>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Sociológica, año 22, número 65, septiembre-diciembre de 2007, pp. 159-187
Fecha de recepción 24/08/05, fecha de aceptación 27/06/07

Vivienda y familia en medios urbanos. ¿Un contenedor y su contenido?

Claudia Carolina Zamorano Villarreal¹

RESUMEN

¿Podemos comprender la interacción entre la vivienda y la familia, entendiéndola como algo más complejo que una simple relación entre un contenedor y su contenido? Ésta es la pregunta central del presente artículo. Para responderla, se establece un estado del arte sobre los estudios que abordan estos dos ejes temáticos, el cual permite pensar que la aparente obviedad de sus interacciones y el contexto científico mexicano impidieron hacer esfuerzos para problematizarlas hasta inicios de los noventa. Se analizan así las aportaciones realizadas desde aquellos años, agrupándolas en dos dimensiones: las interacciones vivienda-grupo doméstico y vivienda-grupo de parentesco. Finalmente, se proponen algunas herramientas conceptuales que podrían ayudar a profundizar en el estudio de estas interacciones.

PALABRAS CLAVE: vivienda, familia, individuos en familia, estrategias residenciales.

ABSTRACT

Can we understand the interaction between housing and the family as something more complex than a simple relationship between a container and its content? This is the central question this article asks. To respond, the author establishes the state of the art of studies dealing with these two cross-cutting themes, making it possible to think that the apparent obviousness of their interactions and the context of Mexican science made it impossible to make any efforts to analyze it until the early 1990s. The article thus analyzes the contributions made at that time, dividing them into two dimensions: the housing-household group and the housing-kin group. Finally, it proposes some conceptual tools that might help to deepen the study of these interactions.

KEY WORDS: housing, family, individuals in the family, residential strategies.

¹ Investigadora del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, sede Distrito Federal. Responsable del proyecto: "Los hijos de la modernidad y sus prácticas residenciales. Ciudad de México (1930-2004)". El material de este artículo se discutió en el marco de la Cátedra Alfonso Reyes, que me fue asignada en la primavera de 2005 en el Institut des Hautes Études de l'Amérique Latine, París III, Nueva Sorbona. Agradezco a ese instituto el rico espacio de discusión que me proporcionó.



INTRODUCCIÓN

EN CASI TODOS LOS MEDIOS PARECE imposible hablar de viviendas sin hacer referencia a las familias que las habitan. El Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, por ejemplo, al igual que otras instituciones censitarias en el mundo, conciben la vivienda como una pieza o un grupo de piezas que tiene una entrada independiente. A partir de esta descripción se define también la familia o, más exactamente, el hogar, como un grupo de personas que comparten una puerta de entrada para su vivienda. La misma interdependencia de conceptos aparece en estudios cualitativos que definen a la vivienda como el espacio de reproducción de la familia. Sin embargo, si los campos semánticos que cubren estas dos nociones son poco claros, las relaciones que existen entre ellas lo son todavía menos.

¿Es posible comprender la interacción entre estos dos elementos si vamos más allá de la simple relación que existe entre un contenedor (la vivienda) y su contenido (las familias o los hogares)? Esta es la pregunta que anima el presente artículo. Para responderla realizaré un breve estado de la cuestión sobre los estudios que abordan los dos ejes temáticos que nos ocupan, el cual nos conduce a pensar que la aparente obviedad de sus profundas interacciones fue la causa que impidió emprender esfuerzos para problematizarlas y asirlas hasta inicios de los noventa, cuando las ciencias sociales mexicanas empezaron a ocuparse del asunto.

En la profunda imbricación que estos estudios nos permiten descubrir podremos repensar a la vivienda como un espejo, un testigo y un motor de las diferentes prácticas de los miembros de las familias;

las residenciales, claro está, pero también las profesionales, las migratorias, las matrimoniales, las de movilidad social, etcétera. El reto está en acuñar herramientas conceptuales aptas para explicar este fenómeno de manera sistemática.

VIVIENDA Y FAMILIA: DOS OBJETOS DE ESTUDIO CON DESARROLLO PARALELO (1950-1990)

En los años cincuenta, el antropólogo estadounidense Oscar Lewis estudió a la familia urbana mexicana encontrando elementos reveladores de la complejidad de esta institución, a la cual observó tanto como grupo doméstico y como grupo de parentesco. El trabajo más significativo es el de *Los hijos de Sánchez*, publicado en México hasta 1961. A partir de técnicas etnográficas como la observación, estancias de 24 horas en la casa de los Sánchez y la multientrevista (entrevistas repetidas con los miembros de la familia), este investigador se esforzó en comprender las relaciones que cada una de estas personas establecieron entre sí, con su entorno sociopolítico y con todo un sistema de sentimientos, representaciones y aspiraciones. Incrustada en ese sistema, encontramos retratada esa compleja relación que hay entre dos generaciones de la familia y su vivienda. Se trata de una relación de idas y venidas de los integrantes de la familia Sánchez en aquel cuarto redondo de una vecindad del barrio de Tepito; de una lucha por la apropiación de aquel pequeño espacio; de la multiplicidad de usos que se le daban en diferentes horas del día; de una relación de amor y odio entre los miembros de la familia, ciertamente, pero también entre aquéllos y su morada.

Pese a ésta y muchas otras lecturas que se pueden hacer de este trabajo que nos ofrece ricos elementos de análisis para comprender la relación vivienda-familia, la recepción que se hizo en México de esa obra no permitió profundizar esta veta de investigación. Por un lado Lewis, en tanto que antropólogo culturalista, buscó y encontró un conjunto de representaciones y acciones que anclan a los inmigrantes de la ciudad de México a la pobreza material, cultural y social. A este fenómeno lo nombró *la cultura de la pobreza*. Tal denominación pareció ofender a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística que, bien convencida de que el país había alcanzado el desarrollo y la modernidad, bloqueó la publicación del texto en español hasta 1961.

Por otra parte, el punto de interés central de este autor se enfocaba en el estudio de cuestiones relativas a la cultura, el desarraigo, la integración y la identidad. Con estos ejes de investigación, Lewis trataba de resolver el antiguo debate sostenido con Redfield sobre la tesis del *continuum folk-urbano*. Ello condujo a la antropología urbana mexicana a privilegiar el análisis de asuntos relacionados con la fragmentación y la heterogeneidad, los cuales, como lo señala Patricia Safa (2001: 44), plasmaron su huella definitiva sobre la disciplina, que abundó en investigaciones que trataban de comprender la diversidad de experiencias y comportamientos urbanos de los inmigrantes procedentes del campo.

Ciertamente, el tema es apasionante y ha rendido muchos frutos, pero su difusión parece haber sofocado la posible construcción de otros objetos de estudio. Así, la cuestión de la vivienda y su relación con la familia, y las valiosas aportaciones que sobre el tema podían hacer *Los hijos de Sánchez*, quedaron rezagadas. Por eso no sorprende el poco eco que tuvo la “sociología de la vivienda” que Paul-Henry Chombart de Lauwe comenzaba a instituir en Francia (1956 y 1959-1960).² Inspirado también en la Escuela de Chicago, este autor planteó dos preguntas centrales: ¿cómo las familias, con su cultura, modos de vida y de consumo se adaptan o no a sus viviendas?, y ¿cómo estas viviendas determinan el comportamiento de las familias y su integración en un mundo en pleno proceso de industrialización?

Aunque en México –como veremos– esta perspectiva ha ganado terreno en la investigación urbana de nuestros días, en aquella época sólo fue considerada parcialmente y a partir de fuentes y experiencias estadounidenses por algunos planificadores urbanos y tomadores de decisiones de la Secretaría de Salubridad y Asistencia. En la academia, la cuestión mereció un capítulo del libro *La Merced, estudio ecológico y social de una zona de la ciudad de México*, del etnólogo Enrique Valencia (1965).

Habiéndose dado una vuelta a esta página, todo parece indicar que los estudios urbanos de la vivienda y la familia empezaron a tomar

² Este autor cuenta entre sus méritos el de ser uno de los pioneros en la sistematización de métodos etnográficos aplicados en las ciudades de los países desarrollados. A principios de los cincuenta creó el *Groupe d'Ethnologie Sociale du Centre d'Etudes Sociologiques*, equipo multidisciplinario en el cual participaban investigadores, estudiantes y trabajadores sociales que estudiaron la vivienda y la familia desde diferentes perspectivas, principalmente con preocupaciones “higienistas”.

una cierta importancia a partir de los setenta. Sin embargo, las investigaciones sobre estos dos ejes de estudio tendían a llevar caminos paralelos hasta los años noventa.

EL GRUPO DOMÉSTICO EN DEMOGRAFÍA: DEFINIDO A PARTIR DE SU VIVIENDA, PERO IGNORANDO SU VIVIENDA

Al observar los estudios realizados sobre la familia urbana hasta los años noventa podemos constatar, si no una entera desvinculación con los estudios sobre la vivienda, al menos sí algunas aproximaciones tangenciales que impedían comprender la interacción de nuestros dos ejes de estudio. Antes, en los setenta, la demografía y la sociodemografía acuñaron los conceptos de hogar o unidad doméstica, definiéndolos (como todavía se estila en México) del siguiente modo: “La unidad formada por una o más personas, unidas o no por lazos de parentesco, que residen habitualmente en la misma vivienda y se sostienen de un gasto común para la alimentación” (INEGI, 2000). Aunque muchas veces las nociones de familia, hogar y unidad doméstica son empleadas como sinónimos, con esta definición observamos que no es así. En efecto, se reduce la importancia que pudiera tener la consanguinidad en la familia, dándole mayor peso al aspecto de la corredadencia. Dicho en otras palabras, la vivienda representa y circunscribe al hogar.

Ya en 1982, Orlandina de Oliveira, Brígida García y Humberto Muñoz constataban y veían con beneplácito el establecimiento de los conceptos de unidad doméstica y de hogar como el centro de interés y como la unidad analítica en los estudios sobre la familia de muy diversa índole:

La nueva economía del hogar, los estudios sobre la reproducción de la fuerza de trabajo y el trabajo doméstico constituyen los ejemplos más recientes e importantes de líneas de investigación en donde la unidad doméstica adquiere un lugar analítico preponderante. También hay que mencionar que en los estudios de fecundidad y de participación femenina en la población económicamente activa el interés por la familia o unidad doméstica es tradicional. Numerosas investigaciones sobre estos últimos temas incorporan aspectos del ámbito familiar para explicar los com-

portamientos individuales, o trabajan en la concepción e investigación concreta del hogar como unidad de análisis para la explicación de fenómenos específicos (Oliveira *et al.*, 1982: 7).

En estos estudios, la vivienda y la familia se entendían entonces en su estrecha relación, pero a mi modo ver se comprendía como la relación que se da entre un contenedor y su contenido. Cuando se hablaba de familia (o más bien de grupo doméstico), aunque se definía por las paredes y el techo que lo contenía, ninguno de estos trabajos parece haberle conferido importancia a la manera en que el grupo había accedido a, construido, utilizado y significado ese espacio. Tampoco se hablaba de cómo este espacio podría forjar y determinar a la familia y a muchas de sus prácticas sociales, e incluso a las profesionales, que tanto se habían estudiado.³ En efecto, la cuestión de la vivienda era un coto reservado a los estudios urbanos que, en cuestiones de familia, sólo lograron establecer un verdadero diálogo con la demografía hasta los años noventa. Veamos cómo.

LA VIVIENDA EN LA CORRIENTE CRÍTICA MARXISTA: UN OBJETO SIN SUJETO

Durante los setenta la vivienda urbana fue, como objeto de estudio, construida fundamentalmente bajo los paradigmas marxistas estructuralistas de lo que se dio en llamar la Escuela Francesa de Sociología Urbana, surgida en París durante la década anterior y cuyos principales representantes fueron Christian Topalov, Manuel Castells y Henri Lefebvre. En México y en América Latina el eco de estos trabajos fue de rápida resonancia debido, principalmente, a la temprana traducción al español de las obras de estos investigadores; la migración temporal o definitiva de algunos de ellos a la región; y los viajes de estudio e intercambio científico que investigadores latinoamericanos realizaron a Europa, especialmente a Francia y España. Bajo los paradigmas de esta escuela, la vivienda fue considerada esen-

³ Un ejemplo de esta relación se observa en la obra *Familles mobilisées*, de Cuturello y Godard (1982), quienes observan en la ciudad de Niza cómo se transforma la división familiar entre trabajo asalariado y doméstico, así como otra serie de estrategias puestas en marcha por los grupos familiares para acceder a la propiedad de una vivienda.

cialmente como una mercancía y como un derecho. Analicemos estas propuestas y su relación con la familia.

Retomando los supuestos de Topalov (1976), para Emilio Pradilla (1987: 17). La vivienda tenía que ser considerada como una mercancía (real o virtual),⁴ que tiene un valor de uso y un valor de cambio. En este sentido, las necesidades que cubría este valor de uso atañían directamente a las familias:

El objeto vivienda es el soporte material de un conjunto complejo de actividades individuales, familiares y sociales: alimentación, reposo, ocio, relaciones sexuales de reproducción, relaciones interpersonales, etc., necesarias para el mantenimiento de la capacidad productiva de los componentes de la familia y la multiplicación de los individuos; en una palabra, *necesarias para el mantenimiento y la reproducción ampliada de la fuerza de trabajo social* (Pradilla, 1987: 17).⁵

En esta aproximación, la familia aparece como un agente que al mismo tiempo que es consumido por el capital se constituye como consumidor de una vivienda. Sin embargo, este tipo de análisis se enfocó principalmente a cuestiones relacionadas con la producción de esta *mercancía*, dejando a un lado la problemática del consumo. Además, al poner en primer plano la relación territorio-poder, desde esta perspectiva los problemas urbanos (incluido el de la vivienda) fueron considerados como problemas globales y de gestión pública, lo que conducía a ahondar en el papel que desempeña el Estado como productor del espacio urbano (Safa, 2001) y, por lo tanto, como productor de la vivienda (Perló, 1981 y 1979). Sólo a finales de los ochenta, cuando se empezaron a considerar otros actores sociales como productores de la ciudad, se integraron las empresas, sobre todo la industria de la construcción, y la sociedad civil en los análisis de los *productores del espacio habitable* (Schteingart, 1989). No obstante, pese a las notables contribuciones que estudios como éstos pudieron hacer a la comprensión de la ciudad, la familia seguía ausente.

A la vivienda, como espacio de reproducción de la fuerza de trabajo, se la concebía también como un derecho (Lefebvre, 1978; y

⁴ *Mercancía real*, si el agente que la produce la integrara inmediatamente al mercado. *Mercancía virtual*, si el agente productor es el mismo que la consume, como en el caso de la auto-construcción (Pradilla, 1987: 19).

⁵ Subrayados del autor.

Turner y Fichter, 1972). Este punto de partida alentaba el sustento intelectual y material de las organizaciones de colonos asentadas en terrenos para la autoconstrucción, mismas que integraban una parte de los llamados movimientos urbanos populares, uno de los objetos de estudio más importantes de esta corriente en América Latina. En efecto, convicciones militantes y supuestos científicos encontraron un punto de acción en este objeto, que fue estudiado desde enfoques muy diversos: política urbana, género, acción social, democracia, técnicas de autoconstrucción, etcétera.

En esta aproximación se dio un ligero acercamiento entre los dos objetos de estudio que el presente artículo trata de entrelazar, pues las familias de bajos recursos que se asociaban con los movimientos urbanos y populares aparecían como las protagonistas principales. Algunos estudios, sobre todo de corte feminista, llegaron a observar la participación de cada miembro del grupo doméstico en las organizaciones de colonos, destacando el papel preponderante de la mujer en las mismas, así como en el proceso de autoconstrucción. Se profundizó, asimismo, en el peso de la composición familiar y de las fases del ciclo de vida para comprender esa participación (Massolo, 1992). Sin embargo, este tipo de análisis se limitaba al estudio de familias de bajos recursos que practicaban la autoconstrucción, dejándose de lado a la población que adquiría un crédito de interés social, así como a las clases medias y altas. Además, aunque en muchas de estas investigaciones encontrábamos el papel fundamental de los individuos y de las familias participantes, poco sabíamos de su constitución, historia, lógicas y prácticas cotidianas para acceder a la vivienda, para ocuparla y para apropiársela.

Soslayar todos estos aspectos conducía a presuponer que el grueso de los habitantes, con necesidades y prioridades relativamente homogéneas, se ciñe a las reglas de un mercado de la vivienda impuestas por las estructuras económicas y políticas, es decir, ajeno a las prácticas de la propia población. A partir de autores como Topalov (1990) y Duhau (1992), podemos afirmar que la vivienda, como muchos otros objetos construidos bajo la perspectiva del estructuralismo marxista de los años setenta, aparecía como un objeto sin sujeto.

Esta crítica implica una cuestión teórico metodológica profunda que, sin duda, toma parte del conocido debate entre Pierre Bourdieu y Claude Levi-Strauss en el cual el primero, al defender la utilidad de la noción de estrategia, afirma que esa noción “es el instru-

mento de ruptura con el punto de vista objetivista y con la acción sin agente que supone el estructuralismo” (Bourdieu, 1996: 70). En efecto, los paradigmas estructuralistas que tanto tiempo sostuvieron los estudios urbanos latinoamericanos estaban ya resquebrajándose desde su cuna francesa.

LA CRISIS DE LOS PARADIGMAS MARXISTAS Y LAS NUEVAS TENDENCIAS EN LOS NOVENTA

Con este breve esbozo de los estudios urbanos sobre familia y vivienda realizados en México entre los setenta y los ochenta constatamos el desarrollo tangencial que tuvieron los dos ejes temáticos que pretende cruzar este artículo. No obstante, para los estudios urbanos mexicanos esos años no se abocaron a ellos. Fueron también tiempos de cuestionamiento, de búsqueda y de reflexión en torno a nuevos objetos de estudio que las inéditas realidades sociales iban imponiendo, así como sobre las mejores maneras de aprehenderlas. No hay duda, además, de que estos esfuerzos ganaron ímpetu con la crisis de los paradigmas marxistas estructuralistas que Emilio Duhau describió con agudeza (1992 y 2000).

Según este autor, uno de los principales cambios se dio a nivel teórico metodológico, pues se pasó “del modo deductivo de investigación al modo interrogativo”. Ello significa que los estudiosos de lo urbano empezamos a preguntarnos cómo suceden las cosas antes de decretar cómo deben ser. El cambio transformó la investigación urbana en diversos niveles. Primero, “ya no se trató de reducir el significado de los procesos urbanos a su ‘función’ en la reproducción de la urbanización capitalista, sino de interpretar su desarrollo y sus cambios en cuanto a procesos multidimensionales”. Enseguida, se reconoció “la necesidad de caracterizar e interpretar las prácticas sociales, cuya reproducción explica las tendencias generales del proceso de urbanización”. En ese tenor, “se asumió que las prácticas sociales no son el producto de las ‘estructuras’, sino que la realidad social está estructurada en tanto y en cuanto los actores sociales, a través de la acción, reproducen prácticas y relaciones sociales”. De este modo, aunque el polo más fuerte de las investigaciones urbanas todavía es la relación territorio-poder, que confiere al Estado un papel central, esta institución deja de ser concebida como “entidad preconstituida

que opera ‘sobre’ la sociedad, [y se pasa] al análisis de la reproducción y transformación del poder estatal a través de las relaciones entre gobernantes y gobernados” (Duhau, 2000: 58-59). Así, la capacidad reguladora del Estado y de su funcionalidad respecto de la acumulación de capital deja de sobrevalorarse y el proceso de urbanización se visualiza ahora como el resultado de la intervención y las prácticas de una multiplicidad de agentes.

Observamos, así, una multiplicación de temáticas, perspectivas e intereses en torno a lo urbano, donde las prácticas sociales (sean políticas o cotidianas; colectivas, familiares o individuales) comienzan a articular en buena medida la nueva investigación. Ciertos investigadores, representantes de la corriente marxista, cambiaron su perspectiva y, además de establecer un diálogo más sólido entre estudios urbanos y demografía, se situaron en el nivel de las prácticas.

Son dos los aportes que nos parece interesante mencionar, porque permiten constatar que el mercado inmobiliario se construye también por las familias y sus prácticas cotidianas. El trabajo de Selby (1994) es uno de los primeros en mostrar que la corresidencia entre distintas generaciones de una familia extensa constituye una estrategia para enfrentar las crisis financieras que se han presentado en el país desde los años setenta. Además, esta práctica familiar, aparentemente íntima, también tiene una expresión social al disminuir el déficit habitacional y crear una válvula de escape que mitiga las presiones que soporta el mercado de la vivienda. Lo mismo podemos decir del caso descrito por René Coulomb (1995), quien descubre un importante desarrollo del mercado inquilinario en las colonias de autoconstrucción situadas en la periferia de la capital mexicana. En efecto, tal desarrollo es producto de las estrategias de ciertas familias que acondicionan cuartos y departamentos al interior de sus viviendas particulares para rentarlos y aumentar así sus ingresos.

En resumen, lo que estas investigaciones nos invitan a pensar es que las prácticas familiares –silenciosas y más difíciles de observar que los grandes movimientos estructurales (Topalov, 1990)– contribuyen a la construcción del mercado inmobiliario visto como un sistema. El estudio de estos puntos nos permite comulgar con una reflexión que el mismo Topalov haría 16 años después de la publicación de su multicitada obra *La renta inmobiliaria* (1976), donde sostiene que la vivienda es una mercancía. La vivienda –nos dice recientemente el autor– es en realidad “una extraña mercancía”, cuyas fases de pro-

ducción y circulación están determinadas ciertamente por factores mercantiles, pero también por factores sociales, políticos y, sobre todo, familiares (1992: 11-13).

Pese a la riqueza de estas investigaciones y a la fuerza de esta afirmación, los estudios en torno a la relación entre la familia y la vivienda continúan, por lo general, como cargando con una especie de histéresis que actúa en el campo de las ciencias sociales urbanas, caminando por vías tangenciales. Un buen sustento de esta afirmación es el desarrollo del Tercer Congreso Internacional de la Red Nacional de Investigadores Urbanos, que se llevó a cabo en septiembre de 2003 en la ciudad de Puebla. Una de las quince mesas que se formaron en este evento trató los temas de la producción del marco construido y de las formas de apropiación del suelo y la vivienda. Otra mesa muy aparte abordó la cuestión de la familia, insertada –como tradicionalmente se ha hecho– dentro de los estudios de población y de mercados de trabajo.

Adicionales a los trabajos citados existen algunas investigaciones muy localizadas que tratan acerca de la interrelación entre la vivienda y la familia, visualizándola más allá de la posible interconexión que puede existir entre un contenedor y un contenido. En estos trabajos podemos identificar dos perspectivas no necesariamente excluyentes: la primera busca entender la relación entre las unidades domésticas y sus viviendas, mientras que la segunda explora las determinaciones que ejerce el grupo de parentesco sobre las decisiones y situaciones residenciales de un núcleo doméstico dado. Revisemos estas aportaciones por separado.

VIVIENDA Y UNIDAD DOMÉSTICA

Sin duda, en México una de las primeras investigaciones que tratan de sistematizar el análisis de la interacción entre la vivienda y la unidad doméstica en medios urbanos es la de Francisca Lima Barrios. En 1992 esta autora realizó un estudio etnográfico en el barrio de Santo Domingo, colonia de autoconstrucción por invasión situada al sur de la ciudad de México. *Familia popular, sus prácticas y la conformación de una cultura* dedica un capítulo a la organización del espacio extra e intradoméstico, mismo en el cual se considera a la vivienda como uno de los recursos estratégicos para la sustentación económica,

política y cultural de la familia (Lima, 1992: 52). Con base en los trabajos del investigador francés Michel Pinçon (1986), la autora muestra cómo la vivienda, sus dimensiones, apariencia y localización estructuran la vida cotidiana y las prácticas de sus habitantes. En este sentido, a la vivienda se la concibe como un elemento que determina las condiciones de producción de lo que Pierre Bourdieu define como *habitus*, es decir, “lo que hemos adquirido, [y...] está interiorizado en el cuerpo de manera durable bajo la forma de disposiciones permanentes” (Bourdieu, 1980: 134). Con estas premisas la autora cruza sus observaciones de campo con las entrevistas a profundidad efectuadas con diferentes miembros de los grupos domésticos, accediendo con ello a poder observar la estrecha relación y lógica existentes entre las historias y las estructuras de la familia y las de la vivienda.

Con experiencias como ésta y dado el profundo cuestionamiento que produjo la llamada crisis de los paradigmas marxistas, al final de la década de los noventa las investigaciones en torno a la vivienda y la unidad doméstica cobraron mayor importancia y se situaron ya no tanto del lado de la producción de la vivienda sino también desde la posición del consumo, la apropiación y el uso.

Un buen ejemplo de ello es el trabajo de Lucía Bazán (1999) sobre las colonias La Petrolera y Santa Lucía, situadas en la delegación Azcapotzalco de la ciudad de México. Se trata de zonas habitacionales construidas en los años cuarenta para los empleados de Petróleos Mexicanos. Desde sus inicios se constata una estrecha relación con la Refinería 18 de Marzo, que desde hacia dos generaciones daba trabajo a sus habitantes. Debido a esta dependencia, el cierre de la refinería en 1991 significó una profunda colisión en las colonias que se tradujo en un aumento del desempleo entre sus pobladores. Ante tal situación, las familias convirtieron algunos espacios de su casa en talleres o tiendas al menudeo, que además se extendieron sobre las banquetas y calles. Asistimos así a una profunda transformación de los usos de las viviendas y del entorno urbano. Estas modificaciones o reapropiaciones constituyeron el objeto central de la investigación. La autora afirma que “las ciudades son el resultado de las relaciones sociales, y particularmente de las relaciones productivas de quienes las construyen, las usan, las viven” (Bazán, 1999: 23). Con tal aseveración contradice a la Escuela de Chicago, cuyas tesis consideraban a la ciudad –sus densidades, sus dimensiones y su heterogeneidad– como la determinante fundamental del comportamiento y la mentalidad

de sus habitantes. Si bien dadas sus conclusiones la autora se alinea a la corriente marxista estructuralista, cabe resaltar en su trabajo un aporte fundamental para los estudios urbanos mexicanos, sustentado en la idea de estudiar los usos del espacio urbano (vivienda y entorno) y ya no sólo la producción de ese mismo espacio, como se venía haciendo. Apoyada en la metáfora de *cuando una puerta se cierra otras se abren*, la autora moviliza entonces tres variables: vivienda, familia y trabajo. Gracias a ello es que puede convidarnos pasajes mediante los cuales nos permite entender cómo una transformación macrosocial en el mundo del trabajo, que se tradujo en el cierre de la Refinería 18 de Marzo, impacta en la división del trabajo asalariado en el propio seno de la familia, así como en sus fuentes de ingreso. A su vez, todo esto repercute sobre la estructura y el significado de las viviendas, las cuales dejan de ser, así, el recipiente que engloba a la familia de forma pasiva, apareciendo ahora como el resultado o el producto de las prácticas familiares y de su relación con el mundo laboral.

Otra aproximación que se sitúa del lado del consumo la constituye el trabajo de Virginia Molina y Kim Sánchez titulado “El fin de la ilusión...” (1999). Los autores estudian las posibilidades de movilidad social ascendente entre las familias de la colonia Demián Carmona, situada al oriente de la ciudad de México. Se trata de un barrio que fue creado a finales de los años treinta bajo la modalidad que se dio en llamar “colonias proletarias”, en las cuales el Departamento del Distrito Federal, apoyado por el gobierno federal, proporcionaba lotes para autoconstrucción con un sistema de crédito bastante accesible. Los autores demuestran que “esta forma de facilitar el acceso a la propiedad del suelo urbano formó parte de las condiciones indirectas que favorecieron la movilidad social de sus habitantes” (Molina y Sánchez, 1999: 47). La propiedad de los predios permitía evidentemente liberarse del pago de una renta, rubro en el que las familias trabajadoras gastan más del 25% de sus ingresos. Pero ese no era el único beneficio. El tamaño de los terrenos, en promedio de 200 m², permitía el diseño de espacios tanto para la reproducción cotidiana de la familia, como para la producción de bienes y servicios capaces de integrarse al mercado. Además, al paso de los años la propiedad de un espacio amplio y bastante céntrico permitió a los fundadores de las colonias albergar a sus hijos en buenas condiciones cuando éstos empezaban su vida conyugal, e incluso más tarde.

La propiedad de la vivienda en un lugar amplio y con posibilidades de transformación según las necesidades y las posibilidades de la familia no sólo puede significar la constitución de un espacio de reproducción ampliada de la fuerza de trabajo o un contenedor inerte de la familia, sino también un recurso, un elemento activo en sus estrategias de sobrevivencia e, incluso, de movilidad social, así como el reflejo concreto de dichas estrategias.

Finalmente, no podemos soslayar los estudios efectuados desde 1995 (publicados en 2000) por un grupo de investigadoras de la especialidad de sociología urbana de la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco. Este equipo, constituido fundamentalmente por Villavicencio, Esquivel, Durán y Giglia, logra un sugestivo cruce de los dos ejes temáticos que nos interesan con el fin de evaluar las políticas de vivienda del fideicomiso Fondo Nacional para Habitaciones Populares (Fonhapo) y del Fondo de Operación y Financiamiento Bancario a la Vivienda (Fovi), otra vez en la ciudad de México. El grupo retoma algunas herramientas conceptuales de la psicología, como por ejemplo la de *satisfacción residencial* de Amérigo (1995). Asimismo, utiliza algunas nociones de la corriente culturalista de Chombart de Lauwe (1959-60), además de que no pone en saco roto treinta años de investigación urbana en México (Villavicencio, 2000; y Esquivel, 2000).

Así, sin perder de vista la problemática de su producción en el contexto nacional, las autoras también analizan detenidamente los modos de acceso, usos y apropiaciones de las viviendas de interés social. Primero, reconstruyen la complejidad de su asignación tanto en tiempos como en formas: largos períodos de espera entre la solicitud y la ocupación de la vivienda, y altos grados de incertidumbre y discrecionalidad por parte de los líderes. Las autoras remarcán cómo en este lapso (que puede durar cuatro años o más) la mujer asume buena parte de las tareas que exige la organización gestora de las viviendas, relacionadas principalmente con la asistencia a manifestaciones y asambleas. Si bien esta afirmación coincide con las de las investigadoras que estudiaban desde los años ochenta la participación de la mujer en el movimiento urbano popular, este grupo logra determinar, además, cómo estas mujeres movilizan un capital social indispensable para participar en la organización: la familia extensa.

Por otro lado, las autoras comparan la situación residencial previa a la obtención de estas viviendas y observan ciertamente una

mejoría en cuanto a estatus ocupacional al pasar de arrendadores, y sobre todo cohabitantes, a casi propietarios, lo que permite empezar a acumular un cierto patrimonio. La mejoría se observa también en el tamaño de los espacios habitables, aunque éstos no dejan de ser insuficientes para las dimensiones y las estructuras de las familias beneficiadas. Finalmente, lo que en definitiva se observa como una desventaja es la ubicación periférica y el pobre entorno urbano de la mayoría de los conjuntos que construyen estas instituciones. Estos factores obligan a los miembros de las familias a realizar largos y costosos desplazamientos hacia sus lugares de trabajo y estudio, inhiben la construcción de una identidad local, complican la sociabilidad de los beneficiarios entre sí y con los asentamientos del entorno y, finalmente, los alejan de su familia extensa, aquel capital social que –aunque no libre de conflicto– pudieron movilizar durante el periodo de solicitud del crédito.

En esa brecha que se abrió dentro los estudios urbanos mexicanos observamos algunas de los frutos que puede ofrecer el estudio de la relación entre vivienda y grupo doméstico. Vivienda: reflejo de la conformación de la cultura de las familias urbanas; objeto estructurado y estructurante de las prácticas familiares; recurso que se invierte en las estrategias de vida; producto y reflejo de las prácticas familiares, y no únicamente de las residenciales, sino también de las profesionales, matrimoniales y de solidaridad; reflejo, en fin, de las condiciones macroeconómicas que viven las familias.

Ahora bien, ¿son solamente estas interrelaciones las que nos permiten escudriñar el cruce de los ejes temáticos vivienda y familia? Resulta evidente que no. Estos avances en la investigación conciernen únicamente a la interrelación entre grupo doméstico y vivienda, e incluso en este rubro quedan algunas cuestiones por profundizar: ¿qué papel juegan las estrategias residenciales dentro del conjunto de estrategias de vida consideradas como un sistema interdependiente?, ¿cómo la vivienda, considerada como un motor de las estrategias de vida, obliga a las familias a movilizar sus recursos sociales, culturales y materiales para acceder a ella?, ¿cómo la vivienda, cuando es vista como un espejo de las estrategias de vida, refleja la movilización de esos recursos?, ¿cómo las prácticas familiares ayudan a estructurar los mercados de la vivienda?

Algunos avances en este sentido los he desarrollado en el trabajo *Naviguer dans le désert*, donde se estudian unidades familiares de

escasos recursos de Ciudad Juárez, principalmente familias trabajadoras de la maquila (Zamorano, 2003a y 2004). Tratando de profundizar en lo estudiado por Lima Barrios (1992), analizo las historias entrelazadas entre la vivienda y la familia concentrándome en los papeles de los diferentes miembros de esta última a lo largo de su ciclo de vida en la producción y la apropiación del espacio doméstico común. Se observa así el amplio margen de acciones individuales que se operan sobre la trama de complejos arreglos familiares tanto para la obtención como para el mantenimiento, mejoramiento y apropiación de los espacios domésticos comunes. Sin embargo, este trabajo representa una primera aproximación a la cuestión que, considero, merece profundizarse.

VIVIENDA Y GRUPO DE PARENTESCO

Otra veta de investigación que explora mi último trabajo citado trata la segunda perspectiva que quisiera abordar: la relación entre la vivienda y el grupo de parentesco. En este caso, la problemática está construida mediante un diálogo con autores del viejo continente. En el libro *Logement, une question de famille*, las sociodemógrafas francesas Bonvalet y Gotman (1993) constatan la existencia de herencias materiales y simbólicas de la familia a lo largo de las generaciones en materia de localización, tipo de vivienda y vías de acceso a ella. Por mi parte, con una aproximación más etnográfica a la cuestión, en Ciudad Juárez logré observar que las transmisiones intergeneracionales están lejos de tener un impacto regular: a) la alianza matrimonial, por ejemplo, conduce a ciertas rupturas con la generación precedente, pues obligan a la combinación y al compromiso (en el sentido de convenio o arreglo) de dos historias de vida, de aspiraciones a veces divergentes, de dos itinerarios residenciales y de recursos sociales y materiales diferentes para acceder y usar la vivienda; b) existen además los cambios de los contextos social, económico y político, que obstruyen el libre flujo de saberes y de haberes residenciales entre las generaciones; c) ocurren también, finalmente, las transformaciones que sufren las aspiraciones de los miembros de un grupo de parentesco con el paso de las generaciones. Estos factores nos permiten observar un juego de rupturas y continuidades que se dan en las prácticas residenciales tanto en el nivel transversal,

en un grupo de hermanos y primos, como en el longitudinal, entre padres e hijos (Zamorano, 2002 y 2003b).

Un aspecto que se desprende del análisis de las influencias intergeneracionales en la localización residencial es la construcción de configuraciones residenciales concentradas y dispersas, herramientas conceptuales útiles para enmarcar el estudio de las relaciones de solidaridad familiar, del arraigo e identidad espacial, de las estrategias de sobrevivencia, entre otros aspectos. En el primer caso, la mayor parte de los miembros de un grupo de parentesco habitan en la misma colonia o en colonias vecinas, mientras que en el segundo, padres e hijos habitan en diferentes zonas de la ciudad.

En México, un estudio que contempla el primer tipo de configuraciones es el de Larissa Lomnitz (1977). Inspirada en los estudios de redes sociales de la antropología social anglosajona, la autora realizó una investigación en la Cerrada del Cóndor, una barriada de 200 casas situada en Mixcoac, también en la ciudad de México. En ella descubrió varios grupos de parentesco que viven en cercanía. Si bien esta proximidad se explica principalmente por las redes de apoyo a la migración construidas entre los habitantes de la barriada y sus parientes del interior de la república, no deja de sorprender que, con el paso de los años, se construyó una gran estabilidad de los parientes al interior de la barriada. El arraigo al lugar parece explicarse por las redes de reciprocidad, confianza e intercambio establecidas principalmente entre parientes. Mediante la lógica y solidez de estas redes, Lomnitz trató de explicar –a los políticos y los científicos sociales que trataban de interpretar las limitaciones del modelo de desarrollo mexicano para incorporar a los inmigrantes al mercado de trabajo formal urbano– cómo la población llamada “marginal” podía vivir en la ciudad que les negaba todo (Arias, 1996: 4).

Este estudio trataba de introducir en México el debate sobre redes sociales, de amplia tradición anglosajona, con su importante bagaje teórico y sus valiosos trabajos empíricos realizados en zonas urbanas (por ejemplo: Bott, 1957; Elías y Scotson, 1997; Young y Willmott, 1983). Sin embargo, me parece que la propuesta fue un tanto marginal, no por el número de investigadores que la han leído y citado, sino por la cantidad de investigaciones que adoptaron este modelo explicativo. Como lo señala Arias: “[...] las críticas al estudio de Lomnitz, provenientes sobre todo de la perspectiva marxista, desanimaron la hechura de estudios intensivos de barrios y colonias

populares desde el punto de vista de las redes de las relaciones sociales" (Arias, 1996: 4). Tales críticas, cabe señalar, calificaron el trabajo de Lomnitz como "funcionalista y despolitizado" (Ramírez Saíz, 1989).

Sólo la generación de investigadores de mediados de los noventa retomó de esta autora cuestiones como las estrategias de sobrevivencia y las dinámicas económicas de producción al interior de los barrios llamados "marginales". También en estos años Clara Salazar Cruz (1996) se inspira en el modelo de redes de Lomnitz para estudiar la importancia de las relaciones extradomésticas en los hogares populares de Santa Úrsula Xitla y Nueva Aragón, dos colonias de la periferia de la capital creadas por invasión y autoconstrucción en los años setenta. La autora encuentra que:

Las redes de relaciones sociales y ayuda mutua no constituyen la forma más importante ni la única como las mujeres adultas de los hogares populares se relacionan con sus vecinos y parientes; además es probable que con el tiempo las redes de apoyo no continúen jugando el papel tan fundamental que se les ha asignado repetidamente como parte de las estrategias de sobrevivencia en la cotidianidad de las unidades domésticas populares (Salazar, 1996: 119).

La autora supone que esta profunda diferencia entre sus resultados y los de Lomnitz puede explicarse por la consolidación de las colonias en cuestión, la cual exige menos trabajos para la colectividad relacionados específicamente con la instalación de servicios. Sin embargo, habría que preguntarse si esta diferencia no tiene su explicación en el método utilizado por la autora, que consistió en la realización de entrevistas a profundidad con una treintena de mujeres adultas de cada colonia, seguidas por la aplicación de un cuestionario de preguntas cerradas (Salazar, 1996: 116). En efecto, este estudio –que tiende más hacia la sociología– no puede en absoluto arrojar los mismos resultados que una investigación etnográfica holística como la que realizó Lomnitz en los setenta y en el cual se aplica la observación participante y se pone la mirada en las relaciones de interacción e interdependencia de su universo de estudio.

Apenas unos años más tarde, Alicia Lindón (1999) matiza la apreciación de Salazar Cruz a partir del caso de Valle de Chalco. La autora muestra cómo a pesar de la fuerte homogeneidad socioeconómica

de las familias vallechalquenses, a su interior se observa una gran diversidad de modos de vida que se reflejan también en las formas de sociabilidad en el vecindario, las cuales van desde las relaciones numerosas hasta las escasas. En lugar de situarse del lado de algún sector especializado de la sociología, como la sociología del trabajo, la de la familia o la de la ciudad, Lindón adopta la perspectiva de la sociología de la vida cotidiana, lo que le permite comprender desde el referente del individuo y sus prácticas cotidianas cómo se estructura su espacio y su tiempo en los ámbitos laborales, familiares, y urbanos y/o vecinales. Aunque la autora no analiza a profundidad la intensidad de la relación de estos hogares con el grupo de parentesco que vive en vecindad parece que su apuesta epistemológica podría también rendir muchos frutos en este campo, pues permitiría observar dentro del amplio abanico de las redes vecinales las formas en que se estructuran, sirven o incluso perturban a aquellas que se construyen con parientes que viven en proximidad.

Recientemente, la importancia de las redes familiares tejidas en un vecindario y sus zonas aledañas saltan a la vista en algunas tesis de antropología social, aunque me parece que no ha sido bastante explorada y explotada. María de los Ángeles Haces, por ejemplo, en su esfuerzo por construir una muestra más o menos aleatoria de grupos domésticos en Chalco, reporta las dificultades que tuvo para entrevistar personas que no tuvieran lazos de parentesco con las personas entrevistadas previamente (Haces, 2002). Ello nos habla justamente de las densas redes de parentesco en su terreno de estudio, mismas que no estudió a profundidad a pesar de que el trabajo trataba de comprender las formas de ejercer la paternidad, práctica en la que, al parecer, apoyarse en miembros del núcleo de parentesco constituye una de las principales acciones estratégicas. Selvia Larralde, por su parte, en su trabajo sobre enfermos crónicos y organización familiar en las clases medias de la ciudad de México nos deja entrever que una de las estrategias para hacer frente a los arduos trabajos que implica la atención a estas personas dentro de un grupo de parentesco es la residencia a proximidad de varias familias nucleares (Larralde: 2001). Esta proximidad resulta de gran valor para la organización del grupo, ya que permite la asistencia inmediata al enfermo crónico o a su cuidadora sin tener que compartir el mismo techo, es decir, permite la defensa del coto de intimidad de la familia nuclear, tan importante para la clase media capitalina.

Estos son seguramente algunos de los factores que nos explican por qué María Eugenia Zavala (2005) descubre en una muestra de tres mil habitantes una fuerte tendencia a la proximidad residencial entre los grupos de parentesco mexicanos. Aunque, si esta práctica trae al menos algunos beneficios, entonces ¿por qué los hijos presentan una disposición a alejarse de sus familias de origen?, ¿cuáles son los factores sociales y materiales que los conducen a formar configuraciones residenciales de tipo neolocal o dispersa?, ¿qué significa simbólicamente y materialmente la lejanía física entre los miembros de un grupo de parentesco?, ¿cómo solucionan los problemas que generalmente sus parientes próximos les ayudarían a resolver?

El estudio sobre las configuraciones residenciales dispersas o neolocales comienza apenas a desarrollarse en las ciencias sociales mexicanas. Algunos resultados arrojados por la investigación que actualmente realizo en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (Zamorano, 2003b), junto con otros que provienen de las tesis de licenciatura de los etnólogos Ricardo Ward (2005) y Elizabeth Gómez Gordillo (en proceso), nos permiten suponer que la neolocalidad se da sobre todo en una fase relativamente tardía del ciclo de vida. Además, se puede apreciar que existe una serie de factores coyunturales que incitan las familias a la neolocalidad, la cual tiene que ver antes que nada con las necesidades laborales y las oportunidades que se presentan en el mercado inmobiliario: obtener una vivienda de interés social en una nueva periferia; beneficiarse del préstamo de una vivienda lejos de la zona en que viven los padres; o bien, en el caso de algunos sectores de la clase media capitalina, el acceso a un crédito para comprar un departamento en lo que actualmente se denomina el “Bando 2”, o encontrar la “casa ideal” (en renta o en propiedad) a un precio accesible en una “colonía ideal”, pero alejada de la familia de origen, etcétera.

Estas respuestas aparentemente pragmáticas llevan, sin embargo, un trasfondo relacionado con dos cuestiones esenciales: la primera tiene que ver con el crecimiento de las ciudades, su lógica de “densificación” y la dinámica de los precios del suelo urbano que conduce a las jóvenes generaciones a desplazarse hacia zonas alejadas de las que habitan sus padres, es decir, de los espacios donde tuvieron su socialización inicial. La segunda se refiere a las dinámicas familiares y a la evolución de metas y aspiraciones de algunos miembros de las familias que buscan en sus espacios de residencia elementos de distin-

ción social. ¿Qué significa para los miembros de un grupo de parentesco estar dispersos por toda una ciudad o incluso más allá?, ¿tienen estas dinámicas efectos sobre sus prácticas cotidianas, sus relaciones afectivas y la construcción de redes de solidaridad?, ¿estamos presenciando –como algunos pesimistas lo sostienen– el fin de la familia y la entrada a una sociedad individualizada?

CONCLUSIÓN

Este balance, aunque no llega a ser exhaustivo, muestra cómo la relación entre la vivienda y la familia es más profunda que la relación existente entre un contenedor y su contenido. La vivienda –sin dejar de considerarse como un reflejo de las condiciones políticas, económicas y culturales de una ciudad o un país– aparece también como un elemento estructurado y estructurante de las prácticas familiares; como un espacio de representación de la familia ante la sociedad; como un recurso activo para el despliegue de estrategias familiares. Asimismo, se presenta como el resultado de un proceso de socialización que reúne herencias de y rupturas con generaciones precedentes; que refleja movilidades sociales ascendentes o descendentes; y que manifiesta anclajes a un lugar, a una forma de habitar y a un modo de vida, así como deseos de distinción social.

La familia, por su parte, deja de visualizarse como un contenido fluido que se adapta y se somete al recipiente –la vivienda– que le fue asignado por las estructuras económicas y políticas. Incluso reconociendo las fuertes limitaciones que estas estructuras le imponen, la familia comienza a pensarse como un grupo social que interpreta, se apropiá y transforma su espacio doméstico y su *habitat* según sus necesidades, posibilidades y gustos, considerando a estos últimos como el producto de un complejo proceso de socialización, como el reflejo de su cultura. Asimismo, a la familia se la observa como un agente activo que –ya sea con prácticas cotidianas e individuales o con abruptas acciones colectivas– participa en la constitución de la estructura del mercado de la vivienda. En este sentido es que merece también ser analizada como productora del espacio habitable.

Como el lector(a) seguramente estará intuyendo, la lista de caracterizaciones se puede extender indefinidamente. ¿Cómo sistematizarlas?, ¿cómo hacerlas más asequibles para la producción de un

conocimiento científico sobre la familia y su vivienda? Me parece que la respuesta a estas preguntas tiene que pasar por una reflexión en torno a la familia y a sus estrategias residenciales.

La noción de *individuos en familia*, acuñada a partir de los trabajos de Francis Godard, me parece que ofrece una entrada pertinente a la cuestión. El autor considera a la familia como un lugar de unión, pero también como un lugar de socialización y de individualización. La fuerza de los lazos de consanguinidad y alianza conducen a los miembros de la familia a realizar acciones conjuntas, mismas que se estructuran a partir de una relación compleja de matrices simbólicas en las que a cada miembro de la familia se le asignan ciertos papeles en los planos económico, moral y jurídico o legal. No obstante, la solidez de estos lazos no impide que los miembros de la familia puedan realizar acciones individuales, guiadas por intereses personales, por contextos socioeconómicos específicos que les toca vivir y por la influencia de una red social construida fuera del grupo familiar (Godard, 1992: 7-8). Si bien el autor analiza esta trama para entender cómo se dan los cambios en la institución de la familia a través de las generaciones, estas ideas me parecen adecuadas como la base para entender sus estrategias de vida y, al interior de ellas, las estrategias residenciales (Zamorano, 2003a: 18 y 116).

En este sentido, a la familia no puede considerársela como una masa homogénea unida de manera irremediable, que tiene que concebirse como un grupo de individuos con intereses tanto personales como colectivos, intereses cuyo peso es variable en las distintas fases de su vida según los papeles simbólicos que le son asignados o que asume. Lo anterior nos permite hablar ya no tanto de la familia sino de *un grupo de individuos en familia* que entra en un conjunto de procesos simultáneos de unificación, socialización e individualización. En función de estos procesos, los *individuos en familia* trazan y operan estrategias destinadas a garantizar su reproducción y satisfacer sus intereses personales. Por ello, entre estos intereses personales uno de los más importantes suele ser la sobrevivencia y la reproducción de su familia.

Las estrategias residenciales –concebidas como elemento determinante y determinado por un sistema complejo de estrategias de vida– también deben abordarse en esa negociación compleja entre la unión, la socialización y la individualización. En consecuencia, a la vivienda no se la puede considerar como una cuestión de familia,

como lo sugiere el libro de Bonvalet y Gotman (1993), *Le logement, une affaire de famille*. Para comprender la compleja trama de las prácticas individuales en un contexto familiar, la vivienda debe de ser enfocada como una *questión de individuos en familia*. En otras palabras, como un objeto que los diferentes miembros de la familia van a utilizar, apropiarse, construir y transformar en función de sus papeles económicos, morales y jurídicos o legales, mismos que evolucionan y se trastocan con el paso de la vida y al interior del seno de esos entreverados procesos de unificación, socialización e individualización.

Pensada así, la aplicación de esta noción podría ser de utilidad para comprender los dos niveles de relación entre vivienda y familia que ocuparon el interés del presente artículo: la relación vivienda-grupo doméstico y la relación vivienda-grupo de parentesco. En el primer plano, esta herramienta nos permitiría comprender cómo los diferentes miembros de la familia construyen, se apropián, usan y transforman los diferentes espacios de la vivienda común. En términos concretos, nos ayudaría a profundizar el conocimiento de la lucha que emprenden los jóvenes que viven con sus familias de origen para ganar espacios en su propia morada y en su entorno urbano (Correa, 1998); el significado de la instalación en la vivienda común de un taller o negocio llamado familiar, pero al que no siempre todos los miembros de la familia contribuyen (Bazán, 1999; Lindón, 1999); las tensiones y las alianzas que se generan en la cohabitación entre generaciones (Selby, 1994) y, cuando reflexionemos en torno a la cuestión de la “satisfacción residencial” (Villavicencio, 2000; Amérigo, 1995), los grados de adecuación de la morada para cada miembro del grupo doméstico. En este plano, la noción ayudaría también a comprender otros fenómenos todavía no explorados por la investigación urbana, como las dificultades familiares y legales que se establecen en la subdivisión de un lote originalmente unifamiliar o en la distribución entre hermanos de una vivienda intestada. En el segundo plano, la noción de *individuos en familia* nos permitiría entender la serie de rupturas y continuidades que se observan en las prácticas y situaciones residenciales de las diferentes generaciones de un mismo grupo de parentesco y el porqué dentro de un mismo grupo de parientes colaterales (hermanos y primos) existen situaciones residenciales profundamente diferentes.

BIBLIOGRAFÍA

- Amérigo, María
- 1995 *Satisfacción residencial. Un análisis psicológico de la vivienda y su entorno*, Alianza Universidad, Madrid.
- Arias, Patricia
- 1996 “La antropología urbana ayer y hoy”, *Ciudades*, núm. 31, julio-septiembre, Red Nacional de Investigaciones Urbanas, Puebla, México, pp. 3-10.
- Bazán Levi, Lucía
- 1999 *Cuando una puerta se cierra, cientos se abren. Casa y familia: los recursos de los desempleados de la Refinería 18 de Marzo*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, col. “Antropologías”, México, D. F.
- Bonvalet, Catherine
- 1993 “Le transmis et l’acquis: localisation, statut d’occupation et type d’habitat”, en Bonvalet y Gotman (eds.), *Le logement, une affaire de famille*, L’Harmattan, París, pp. 23-40.
- Bonvalet y Gotman, editoras
- 1993 *Le logement, une affaire de famille*, L’Harmattan, París.
- Bonvalet, Catherine y Dominique Maison
- 1999 “Famille et entourage: le jeu des proximités”, en Bonvalet et al (eds.), *La famille et ses proches. L’aménagement des territoires*, Instituto Nacional de Estudios Demográficos-Prensas Universitarias de Francia, París, pp. 27-67.
- Bott, Elizabeth
- 1957 *Family and Social Network*, Tavistock, Londres.
- Bourdieu, Pierre
- 1996 “De las reglas a las estrategias”, en Bourdieu, *Las cosas dichas*, Gedisa, col. “El mamífero parlante”, Barcelona, pp. 56-89 (versión original de 1986).
- 1980 *Le sens pratique*, Minuit, París.
- Chombart de Lauwe, Paul-Henry
- 1959- *Famille et habitation*, Centro Nacional de la Investigación Científica, París, 2 vols.
- 1956 *La vie quotidienne des familles ouvrières*, Centro Nacional de la Investigación Científica, París.

Correa, Milka

- 1998 *Los jóvenes y el uso del espacio habitacional*, trabajo terminal para la obtención del título de licenciada en sociología, Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco, México, D. F.

Coulomb, René

- 1995 *Habitat locatif populaire et dynamiques urbaines dans la zone métropolitaine du Mexique*, tesis de doctorado en urbanismo, bajo la dirección de Henri Coing, Instituto de Urbanismo de París, Universidad de París-Val de Marne, París, dos vols.

Cuturello, Paul y Francis Godard

- 1982 *Familles mobilisées. Accession à la propriété du logement et notion d'effort des ménages*, colección “Plan Construction”, Universidad de Niza, Niza.

Cuturello, Paul

- 1993 “Le poids de l’origine et la force de la parenté: la dualité familiale dans les pratiques résidentielles”, en C. Bonvalet y A. Gotman (eds.), *Le logement, une affaire de famille*, L’Harmattan, París, pp. 111-128.

Duhau, Emilio

- 2000 “La RNIU y los estudios urbanos en México”, *Ciudades*, núm. 47, julio-septiembre, Red Nacional de Investigación Urbana (RNIU), Puebla, México, pp. 58-64.
- 1992 “Ciencias sociales y estudios urbanos: ¿adiós a los paradigmas?”, en *Sociológica*, año 7, núm. 18, Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco, México, D. F., pp. 29-43.

Elias, Norbert y John Scotson

- 1997 *Logiques de l’exclusion*, Fayard, París (versión original de 1965, *The Established and the Outsiders*, Sage Publications, Inglaterra).

Esquivel Hernández, María Teresa

- 2000 “Vivienda y vida cotidiana”, *Anuario de Espacios Urbanos*, Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco, México, D. F., pp. 291-307.

Estrada, Margarita

- 1995 “Grupos domésticos extensos, un viejo recurso para enfrentar la crisis”, *Nueva Antropología*, vol. xiv, núm. 49, México, D. F., pp. 95-106.

- Godard, Francis
- 1992 *La Famille. Affaire de Générations*, Presses Universitaires de France, col. "Économie en liberté", París.
- González de la Rocha, Mercedes
- 1994 *The Resources of Poverty. Women and Survival in a Mexican City*, Blackwell Publishers, Cambridge, Massachusetts.
- Haces Velasco, María de los Ángeles
- 2002 *Maternidades y paternidades en el Valle de Chalco: una aproximación antropológica*, tesis de maestría en antropología social bajo la dirección de Rosario Esteinou, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México D. F.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática
- 2000 *xii Censo General de Población y Vivienda*, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, Aguascalientes, México.
- Larralde Corona, Selvia
- 2001 *¿Quién cuida a Esteban? Familias desgastadas. Unidades domésticas con enfermos crónicos*, tesis de maestría en antropología social bajo la dirección de Lucía Bazán, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México, D. F.
- Lefebvre, Henri
- 1978 *El derecho a la ciudad*, Península, Barcelona (versión original: 1968, *Le droit à la ville*).
- Lewis, Oscar
- 1961 *Los hijos de Sánchez: autobiografía de una familia mexicana*, Fondo de Cultura Económica, México, D. F.
- Lima Barrios, Francisca
- 1992 *Familia popular, sus prácticas y la conformación de una cultura*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, serie "Antropología Social", Mexico, D. F.
- Lindón Villoria, Alicia
- 1999 *De la trama de la cotidianidad a los modos de vida urbanos. El Valle de Chalco*, El Colegio de México-Colegio Mexiquense, México.
- Lomnitz, Larissa
- 1977 *Cómo sobreviven los marginados*, Siglo XXI, México, D. F.

- Maison, Dominique
- 1993 "Effet d'alliance et transmission différée dans le rapport à la propriété et l'habitat", en C. Bonvalet y A Gotman (eds.), *Le logement, une affaire de famille*, L'Harmattan, París, pp. 87-110.
- Massolo, Alejandra, coordinadora
- 1992 *Mujeres y ciudades. Participación social, vivienda y vida cotidiana*, El Colegio de México, México, D. F.
- Molina, Virginia y Kim Sánchez
- 1999 "El fin de la ilusión. Movilidad social en la ciudad de México", *Nueva Antropología*, vol. xvi, núm. 55, enero-julio, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, D. F., pp. 43-56.
- Oliveira, Orlandina de, Brígida García y Humberto Muñoz
- 1982 *Hogares y trabajadores en la ciudad de México*, El Colegio de México-Universidad Nacional Autónoma de México, México, D. F.
- Perló, Manuel
- 1981 *Estado, vivienda y estructura urbana en el cardenismo*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, D. F.
- 1979 "Política y vivienda en México. 1910-1952", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. xli, núm. 3, Universidad Nacional Autónoma de México, México, D. F., pp. 769-835.
- Pinçon, Michael
- 1986 *Necesidades sociales y prácticas populares*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, col. "Cuadernos de trabajo", núm. 21, México, D. F.
- Pradilla Cobos, Emilio
- 1987 *Capital, Estado y vivienda en América Latina*, Fontamara, México, D. F.
- Ramírez Saíz, Juan Manuel
- 1989 *Actores sociales y proyecto de ciudad*, Plaza y Valdés, col. "La ciudad", México, D. F.
- Safa Barraza, Patricia
- 2001 *Vecinos y vecindarios en la ciudad de México. Un estudio sobre la construcción de las identidades vecinales en Coyoacán, Distrito Federal*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Miguel Ángel Porrúa, México, D. F.

- Salazar Cruz, Clara
- 1996 "Relaciones extradomésticas en los hogares populares de la periferia de la ciudad de México. ¿Estrategias de sobrevivencia?", *Sociológica*, año 11, núm. 32, septiembre-diciembre, Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco, México, D. F., pp. 115-136.
- Schteingart, Martha
- 1989 *Los productores del espacio habitable. Estado, empresa y sociedad en la ciudad de México*, El Colegio de México, México, D. F.
- Selby, Henry *et al*
- 1994 *La familia en el México urbano. Mecanismos de defensa frente a la crisis (1978-1992)*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, D. F.
- Topalov, Christian
- 1992 "Prefacio", en Paul Cuturello (ed.), *Regards sur le logement. Une étrange marchandise*, L'Harmattan, París, pp. 11-13.
- 1990 "Hacer la historia de la investigación urbana. La experiencia francesa desde 1965", *Sociológica*, año 5, núm. 12, Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco, México, D. F., pp. 175-207.
- 1976 *La urbanización capitalista*, Edicol, México, D. F.
- Turner, John Collin y Robert Fichter
- 1972 *Freedom to Build: Dweller Control of the Housing Process*, Macmillan, Nueva York.
- Valencia, Enrique
- 1965 *La Merced, estudio ecológico y social de una zona de la ciudad de México*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, serie "Investigaciones", núm. II, México, D. F.
- Villavicencio Blanco, Judith, coordinadora
- 2000 *Condiciones de vida y vivienda de interés social en la ciudad de México*, Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco-Forrúa, México, D. F.
- Ward Osornio, Ricardo
- 2005 *Rentar en Narvarte. Consumo habitacional y violencia simbólica en la clase media inquilinaria de la ciudad de México*, tesis de licenciatura en etnología, Instituto Nacional de Antropología e Historia-Centro de Investigaciones y Estudios Su-

- periores en Antropología Social, bajo la dirección de Claudia Zamorano, México, D. F.
- Young, Michael y Peter Willmott
- 1983 *Le village dans la ville*, Centro Georges Pompidou-Centro de Creación Industrial, París (versión original: 1957, *Family Kinship in East London*).
- Zamorano Villarreal, Claudia
- 2004 “Construcción, usos y apropiación individuales de los espacios domésticos comunes: un estudio etnográfico aplicado a una familia popular de Ciudad Juárez”, en Patiño y Castillo (comps.), *Población, servicios y marco construido*, Red Nacional de Investigaciones Urbanas, Puebla, México, pp. 297-310.
- 2003a *Naviguer dans le désert. Itinéraires résidentiels à la frontière Mexique-Etats Unis*, Iheal, París.
- 2003b “Ruptures et continuités résidentielles au fil des générations: une étude de cas dans les classes moyennes du Mexique”, *Revue Autrepart*, núm. 25, enero-marzo, Instituto de Investigaciones para el Desarrollo, París, pp. 107-121.
- Zavala de Cosío, Eugenia, Marie Laure Coubès y René Zenteno, coordinadores
- 2005 *Cambio demográfico y social en el México del siglo xx: una perspectiva de historia de vida*, Cámara de Diputados-Porrúa-Tecnológico de Monterrey-El Colegio de México, México D. F.